

Se cumplió un año más de la muerte de uno de los cerebros más sólidos de América.

El 28 de febrero de 1917, después de 63 años de intenso batallar en el pensamiento y en la acción, falleció, en la ciudad de La Plata, Pedro Benjamín Palacios, conocido por el sugestivo pseudónimo de "Almafuerte".

Había nacido en San Justo - Buenos Aires - el 13 de mayo de 1854, este maestro de maestros que no cursó estudios ni tuvo títulos universitarios y llegó a ser uno de los poetas más extraordinarios de esta parte del hemisferio.

Rebeldía en lirismo inmortal: tal la vida de Pedro B. Palacios (Almafuerte)

Poseyó las rebeldías santas de los apóstoles; las trases incendiarias de los revolucionarios de las ideas; las actitudes y gestos valientes de los héroes; la acción decidida y la voluntad tenaz de los forjadores y la serenidad combativa y resuelta de los mártires.

En la docencia — que ejerció por vocación irresistible — le cupo actuación brillante a punto de merecer el elogio entusiasta y admirativo de Domingo Faustino Sarmiento.

Referirnos exclusivamente a la labor literaria nos demandaría un esfuerzo mental excesivo y es casi seguro que no cubriríamos las dimensiones reales de su talento vasto y múltiple.

Tampoco estamos capacitados para emprender tal tarea.

Solamente queremos establecer que toda la producción alma-fuerteana es impecable, y que, en las formas clásicas del soneto endecasílabo y alejandrino, reveló perfección técnica y depurado estilo, profundidad de concepto y belleza en la forma, habiendo creado y dejado para la posteridad nobles y elevadas realizaciones, difíciles de alcanzar por otros y casi diríamos imposible de superar por nadie.

En su vida y en su obra predicó con el ejemplo.

Cumplió cabalmente el precepto de "dar de beber al sediento y enseñar al que no sabe".

De su labor en el aula — de la que se le expulsó, (Oh!, ironía), por falta de título — hizo un apostolado que siguió ejerciendo privadamente.

No aceptó honores ni codició diplomas pomposos.

Cumplió su destino de pedante — enseñar a domicilio yendo a casa de los niños — o en su humilde vivienda en la zona rural, como obedeciendo a un rito laico que renovó diariamente.

No le cansó la fatiga física ni le dobló la indiferencia cuando no la diatriba, ni le atrajeron, repito, oropeles.

Lo poco que ganaba como maestro particular lo distribuía entre los menesterosos.

Practicaba el Evangelio sin vana ostentación. Se le definió como a un "místico de la pedagogía" y se dijo que coincidió con Tolstoi y Tagore en su obra educativa.

Fue el Mesías del verbo ardiente y del corazón estremecido, y dijo su anatema transido de dolor pero alentado de esperanza, según se traduce en la vibración infinita de sus "Lamentaciones" y en alguna de sus "Milongas Clásicas".

Le cantó a la Patria con apoteóticos acentos, y a la libertad con estruendosas estrofas.

"La Inmortal" y "El Misionero" son poemas magnos, dignos de figurar entre las más geniales concepciones poéticas conocidas y difundidas en la historia literaria de la humanidad.

¿Qué hay, en la materia, que pueda superar este tinal grandioso?:

"¡Pulpa sin grautud. No sabrás nunca que yo luché con Dios, que te moldeó..

Y se quedó de pie como una idea que se va del cerebro y queda trunca"! Este final de "El Misionero" es de una grandiosidad incommensurable!

Seguir escribiendo acerca de lo magistral de su estro recundo, sería acertar poco sin terminar nunca.

Rafael Barret, con su pluma insigne, le definió como "el primer poeta de América".

En vida fue negado y hasta se le motejó de "loco".

¡Sí!. Padeció la enfermedad de los genios, de los que señalan su paso terrenal con huellas vencedoras del tiempo, afirman el valer de su individualidad, trazan un signo de luz, y al morir vuelan a las estrellas para posarse en la INMORTALIDAD.

Juan Antonio González